

ADMINISTRACION
DE
OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS.

¡BUENA BODA!

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

original de

DON JUAN JOSÉ HERRANZ.

Estrenada en el teatro de la Zarzuela en la noche del 26 de
Abril de 1865.



MADRID.
IMPRESA DE R. LABAJOS,
calle de la Cabeza, núm. 42.

1865.

2

CATALOGO

DE LA

ADMINISTRACION GENERAL DE OBRAS DRAMÁTICAS
Y LÍRICAS

DE D. FRANCISCO RUBIO,

San Pedro Mártir, 12, segundo.

OBRAS DRAMÁTICAS.

EN UN ACTO.

A caza del premio grande.

Al que se hace de miel...

Amor y dinero.

Aventuras de un cesante.

¡Bueno ocasion!

Consuelo.

El Angelito.

Don Ramon.

El huérfano ó el niño mendigo.

¡El Rey ha muerto! ¡Viva el Rey!

Este cuarto no se alquila.

Fuego entre ceniza.

Fortunato Azares.

Las pesquisas de mi suegro.

Loco de atar.

Los dos preceptores.

Los apuros de Gaspar.

Me conviene esta mujer.

Pecador y arrepentido.

¡Presente, mi general!

Por un bofetón un duelo.

Receta contra los locos.

Red de novios.

Triana la Macarena.

Un asunto de familia.

Un casamiento original.

Una carga de caballería.

Una mamá como hay muchas.

Una obra de caridad.

Vida prosáica.

EN DOS ACTOS.

El caballero pobre.

El pedestal de la estatua.

Los tres talismanes.

EN TRES Ó MÁS ACTOS.

Achaques de la vejez.

Al borde del abismo.

Beltran.

Beppo el Aventurero.

Don Tello de Guzman.

El padre de familia.

El honor y el trabajo.

El lago de Glenaston.

El matrimonio de conciencia.

El Toison roto.

¡Españoles, á Marruecos!

Gabriela de Vergy.

La mejor joya, el honor.

La boda de Enriqueta.

La flor trasplantada.

La piedra de toque.

La primera falta.

La princesita.

La profecía.

La teoria de la voluntad.

Las aves de paso.

Loco de amor.

Los franceses en España.

Los pobres de levita.

Los polacos.

Luisa ó historia de una madre.

Luz en la sombra.

Marco Spada.

Martir siempre, nunca reo.

Mi suegra y yo.

Pobres y ricos.

Un bandido de levita.

Un dia en el gran mundo.

Ví y vencí.

La serrana de las Navas.

Llegué, ví y vencí.

Los polvos de la madre Celestina, M.

La redoma encantada, M.

ZARZUELAS (4)

EN UN ACTO.

Angelita, M.

Atala y Chactas, L. y M.

Batalla de amor, L.

Cada loco con su tema, L. y M.

Casado y soltero, L.

De tal palo tal astilla, M.

El amor y el almuerzo, L.

El Angelito, L.

El Grumete, M.

(4) De las obras que van marcadas con las iniciales L. ó M. pertenecen sólo á esta Administracion, la música ó el libreto, y las que llevan L. y M. corresponden á la misma por completo. — Toda partitura que se pida por los representantes de esta Galeria, se considera como vendida, y los mismos han de responder de su importe.

¡BUENA BODA!



Digitized by the Internet Archive
in 2013

¡BUENA BODA!

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JUAN JOSÉ HERRANZ.

Estrenada en el teatro de la Zarzuela en la noche del 26 de
Abril de 1865.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1865.

PERSONAJES.

ACTORES.

FELISA.....	STA. D. ^a DOLORES FERNANDEZ.
ANTONIO.....	SR. D. EMILIO MARIO.
MIGUEL.....	SR. D. FRANCISCO ARDERIUS.
JUAN.....	SR. D. RAFAEL CALVO.

El teatro representa una sala lujosamente amueblada: hay una puerta en el foro, otra á la derecha y otra á la izquierda del espectador.

La propiedad de esta comedia pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los teatros de España y posesiones de Ultramar.

El autor se reserva asimismo el derecho de traducción, de impresión y de representación en el extranjero, según los tratados vigentes.

Los corresponsales de D. Francisco Rubio, dueño de la Administración general de obras dramáticas y líricas, son los encargados exclusivos de su venta y del cobro de sus derechos de representación en dichos puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

AL SEÑOR D. EMILIO MARIO.

Al dedicarle á V. su primera obra, siente que las dedicatorias no tengan hoy tanta significacion como en otros tiempos, su amigo

Juan José Herranz.

ACTO ÚNICO.

ESCENA PRIMERA.

FELISA y MIGUEL.

FELISA. Esto es insufrible, tío.

MIGUEL. Sobrina, tú te exasperas muy pronto.

FELISA. Por mas que usted lo contrario me sostenga, la conducta de mi esposo para conmigo no es buena. Parece que se ha propuesto por norte, obrar á la inversa de como yo deseara.

MIGUEL. Tú tienes esa quimera.

FELISA. Yo quiero verle elegante y no se hace ni una prenda de vestir; siempre á paseo conmigo quiero que venga, y siempre deja que vaya yo sola en la carretela. Ha tenido por la música una adoracion extrema, y ha perdido la aficion que tuvo, de tal manera,

que las noches que asistimos al Real, en casa se queda.

MIGUEL. Eres muy impresionable, y sin querer exageras.

FELISA. Tío Miguel, ¿tiene disculpa el que prosiga en la tema de no dejar el destino? Ya me ha costado mas guerras el tal destino...

MIGUEL. Si es cierto, mas ¿qué quieres? son rarezas que debieras respetar.

FELISA. Doce mil reales conserva, y nuestro administrador cobra cuatro veces esa cantidad.

MIGUEL. Tienes razon, pero él se sabrá sus cuentas.

FELISA. Ya se ve, con el destino quita seis horas eternas cada dia al matrimonio.

MIGUEL. ¿Sabes, chica, que eres terca?

FELISA. Oiga usted, que no se olvide de hacer aquella exigencia.

MIGUEL. No recuerdo...

FELISA. Que haga usted que le entreguen la licencia absoluta.

MIGUEL. ¿Con que quieres verle cesante?

FELISA. Quisiera...

MIGUEL. Ya se lo he dicho al ministro.

FELISA. ¿Cuál ha sido su respuesta?

MIGUEL. Que me servirá al momento. ¡Yo tengo mucha influencia!

FELISA. Me alegro; vamos á ver si le sitiamos en regla.

MIGUEL. Yo ¿qué quieres que te diga? Me parece mal sistema el que adoptas.

FELISA. ¡Quién pensara! hace dos meses apenas

que nos casamos, y ya...

MIGUEL. ¿Sobrina, á mí qué me cuentas?

FELISA. El caso es que Antonio es bueno.

MIGUEL. No hay quien entenderte pueda.

FELISA. No ande usted con evasivas;
dígame usted lo que piensa
de este asunto.

MIGUEL. En mi concepto,
Antonio te ama de veras
y tu cariño responde
al que Antonio te profesa.
Antes de que te casaras,
yo me opuse á que se hiciera
este enlace, comprendiendo
que tus gracias y la herencia
que te dejaron tus padres,
proporcionarte pudieran
mejor partido; mas hoy
pienso que tú boda es buena:
cierto que es muy desigual;
tú eres rica, él ni siquiera
tiene...

FELISA. ¿Qué entiende el amor
de hacer sumas, ni hacer restas?

MIGUEL. Bien pensado: mas procura
evitar desavenencias,
porque Felisa, es lo cierto,
el matrimonio que empieza
con cuestiones, tarde ó pronto
el demonio se lo lleva.

ESCENA II.

LOS MISMOS y JUAN, que entra por el foro.

JUAN. Adios, prima, ¿qué te pasa?

FELISA. Nada.

JUAN. Pensé que sentias...
Buenas tardes.

MIGUEL. ¡Tantos dias
sin venir por esta casa!

JUAN. No concibo las razones,

pero de mí no depende
la falta.

MIGUEL. Si, se comprende;
tus muchas ocupaciones...

JUAN. Yo no acierto de qué modo,
está mi vida arreglada,
que sin hacer nunca nada
no hallo tiempo para todo.

FELISA. Supongo que explicarás
lo que á esplicarme no basto.

JUAN. Como yo el tiempo no gasto,
me lo gastan los demas.
Es cierto lo que te digo;
al poner el pie en la calle,
es difícil que no halle
quien diga: «vente conmigo.»

FELISA. Tu conducta es meritoria.

MIGÜEL. Y productiva á fé mia.

JUAN. Me pagan la compañía
contándome alguna historia;
y es uno de los placeres
á que con fé me consagro,
ver si oculta algun milagro
la vida de las mujeres.
Y averiguar los asuntos
en que no ganan los nombres,
y conocer á los hombres
que se han convertido en puntos.

MIGUEL. Luego dirán que malgasta
el tiempo.

JUAN. Pues no convengo,
en ciertas materias tengo
una erudicion muy vasta.

FELISA. Recreo y amenidad
promete tu erudicion.

JUAN. Para tí en esta ocasion
tiene mucha utilidad.

FELISA. ¿Para mí?

JUAN. Sin duda alguna;
por efecto de mi ciencia
puedo hacerte una advertencia
que juzgarás oportuna.

FELISA. Pero habla...

MIGUEL. Di qué razones
tienes.

JUAN. El caso es sencillo;
tu matrimonio es platillo
de muchas conversaciones.

FELISA. ¿Pero qué motivo extraño?...

JUAN. El motivo no desdora,
y si quieres, aun es hora
de que se remedie el daño.
No falta, como te digo,
quien, en tono lastimoso,
asegure que tu esposo
no se ha casado contigo.

FELISA. ¡Eso dicen!

MIGUEL. Tú nos cuentas
absurdos.

JUAN. ¿Por qué se apuran?
ellos tan solo aseguran
que es marido de tus rentas.

FELISA. El que lo diga se engaña.

MIGUEL. Por primera vez escucho
tal cosa.

JUAN. Pues choea mucho
ver que nunca la acompaña.

FELISA. ¿Conque choca?...

MIGUEL. Tontería;
no habrá hecho la observacion
quien tenga una ocupacion
para entretener el dia.
Vosotros no comprendéis
que los hombres de negocios
no disponen de los ocios
que vosotros disponeis.
Los que cifrais en el porte
ridículos alicientes,
y sois maniquís vivientes
de los sastres de la córte,
cumplis con vuestra mision,
causando envidia á las artes,
al estar en todas partes
en continúa exposicion;

pero los que ven sin pena
su vida al trabajo unida,
no pueden pasar la vida
constantemente en escena.

JUAN. No niego que es usted justo.

FELISA. Es imparcial como juez.

JUAN. Es verdad, por esta vez
se ha despachado á su gusto.

ESCENA III.

LOS MISMOS y ANTONIO, que entra por el foro.

FELISA. Tarde vienes.

JUAN. El regaño
que siempre escucha el esposo.

ANTONIO. Pues es lo mas doloroso
que vengo tarde y con daño.

FELISA. ¿Qué te pasa?

MIGUEL. Di al instante
qué te ocurre.

ANTONIO. Una desgracia
que ustedes como una gracia
juzgarán; estoy cesante.

FELISA. ¿Cesante ya? ¡qué alegría!

JUAN. Sea enhorabuena.

MIGUEL. Un consuelo
no puedo darte.

ANTONIO. ¡Tal duelo
merece mi cesantia!

¿Es indigna mi afliccion
de una frase de ternura?

FELISA. ¿Es indigna mi ventura
de una frase de expansion?

MIGUEL. Que tú lo sientes, sobrino,
nadie lo puede negar;
pero observa que el pesar
no te devuelve el destino.
Paciencia y á lo hecho pecho.

JUAN. Ningun destino es estable.

FELISA. ¿Si tú fueses tan amable
que refirieses el hecho?

- ANTONIO. El asunto, pues, es llano:
hoy cuando ya me venia,
recibí un pliego en que habia
escrito: «Besa la mano.»
Me llenó el alma de dudas
aquel beso, lo confieso,
pues me pareció aquel beso
la parodia del de Judas.
Y era mi temor fundado:
el oficio lisonjero
me limpiaba el comedero
por tiempo indeterminado.
- JUAN. Chico, te han hecho un servicio.
- ANTONIO. No lo entiendo.
- JUAN. Es la verdad;
te dejan en libertad.
- MIGUEL. Sacas la cuestion de quicio.
- FELISA. Yo salgo ganando aqui.
- ANTONIO. Si, tú debes alegrarte.
- FELISA. No teniendo en qué ocuparte
te ocuparás mas de mí.
- ANTONIO. Envuelves una censura
en tu frase cariñosa.
- FELISA. ¿Pero no puede tu esposa
manifestar su ventura?
- MIGUEL. Yo nada en el lance gano,
pero me promueve risa.
- ANTONIO. Se empeña en verme Felisa
siempre mano sobre mano;
y yo que no hallo razon
que motive su exigencia,
he buscado una influencia
para mi reposicion.
- MIGUEL. ¿Y aunque los demas se opongan
harás tu libre albedrio?
- FELISA. Por Dios, influya usted, tio,
para que no le repongan.
- ANTONIO. Buena comision.
- FELISA. Muy buena.
- MIGUEL. (Á Felisa.)
Punto en boca, aqui se acaba
este incidente.

- JUAN. (Negaba;
pero cuando el rio suena...)
- ANTONIO. Si no vuelvo al ministerio
me marchó á la oposicion.
- JUAN. Es una resolucion
que aplaudo.
- MIGUEL. Vaya un criterio.
- ANTONIO. Yo que la cara no escondo
y tengo una pluma lista,
me meteré á periodista
y haré artículos de fondo.
- MIGUEL. Dispensa que te noticie
que hay periodistas que valen,
y sin embargo, no salen
del fondo á la superficie.
- ANTONIO. De tinta unas cuantas gotas
son hoy una gran receta.
- MIGUEL. Para tizar la calceta
si la descubren las botas.
- ANTONIO. Aqui lo bueno es pasar
por víctima.
- MIGUEL. ¡Qué bobada!
¡pero tú no dices nada?
- FELISA. Usted me mandó callar
y obedezco con disgusto.
- ANTONIO. Mira, á tu administrador
le han hecho gobernador
de provincias.
- MIGUEL. Es muy justo:
lo celebro.
- FELISA. Y yo lo siento.
- ANTONIO. Pero tú siempre te opones.
- FELISA. Él las administraciones
desempeña con talento.
- JUAN. Esto está visto; cualquiera
puede sangrar al erario.
- MIGUEL. Él ha sido secretario
de un gobierno de primera,
y tiene buenos servicios;
mas no vayas á entender
que cual tú abandona el ser
y se queda con los vicios.

Oye, antes de que te vayas
un vicio alimentaremos,
si tú quieres jugaremos
al billar, te daré rayas.

JUAN. Es desigual el partido.

ANTONIO. Podeis jugar mano á mano

JUAN. Aun asi y todo, le ganó
y le llevo de corrido.

MIGUEL. Á mí no me hace callar
quien siempre vencido fué.

JUAN. Ande usted, eso se vé
en la sala del billar. (Salen por el foro.)

ESCENA IV.

FELISA y ANTONIO.

FELISA. ¿Dime, te has incomodado
conmigo?

ANTONIO. Que tonteria;
pero es rara la mania
que de tí se ha apoderado.

FELISA. ¿Dirás que es una quimera?

ANTONIO. Lo digo con fundamento,
y extraño que tu talento
te engañe.

FELISA. ¡Que mas quisiera!

ANTONIO. Permite que me subleve
al escuchar tus razones.
¿Mis mas puras afecciones
cómo quieres que te pruebe?

FELISA. ¿Hay que probar las verdades?

ANTONIO. Tu enemistad se declara,
pero chica, ante tu cara
mueren mis enemistades.

FELISA. Adulador.

ANTONIO. No he notado
en mí tal debilidad:
lo que digo es la verdad,
te sienta bien el peinado.

FELISA. Pues aun sin vestir estoy.

ANTONIO. ¿Á dónde vas?

- FELISA. Tú jamás
me digas ¿á dónde vas?
dime siempre ¿á dónde voy?
- ANTONIO. Es claro, yo me he vendido.
- FELISA. De negártelo no trato;
el matrimonio es contrato
entre mujer y marido;
mas si tú ves un reproche
en donde solo hay amor,
te digo ¿haces el favor
de acompañarme esta noche?
- ANTONIO. ¿Á dónde?
- FELISA. Cantan Lucrecia
en el teatro Real.
- ANTONIO. (¡Qué apuro!)
- FELISA. Me complaces de seguro.
- ANTONIO. (Ahora la tormenta arrecia.)
- FELISA. ¿No respondes?
- ANTONIO. No te enfades
si á tus instancias no cedo;
pero esta noche no puedo:
urgentes necesidades
me obligan.
- FELISA. Bien, no te apures
por encontrar una excusa.
- ANTONIO. Te juro que no me acusa
la conciencia.
- FELISA. No, no jures.
- ANTONIO. ¿Mas, mujer, por qué reñimos?
- FELISA. Si extrañarás que me irrite:
¿querrás que me felicite
de vivir como vivimos?
- ANTONIO. ¿Qué quieres, mujer, qué quieres?
- FELISA. Es muy corta mi exigencia;
no tener la independencia
que anhelan otras mujeres.
Lo que busco, lo que quiero,
es que comprendas tu estado,
y puesto que estás casado
no vivas como soltero.
Yo cedo siempre á tu influjo
y tú debes imitarme.

ANTONIO. Te empeñas en enseñarme
como un objeto de lujo.

FELISA. Mi amiga Teresa Pló
va siempre con su marido.

ANTONIO. (El ejemplo aborrecido;
era un quidam como yo.)

FELISA. ¿Piensas que yo solamente
he advertido tu disgusto
por acompañarme?

ANTONIO. Justo.

FELISA. Pues lo ha notado la gente.

ANTONIO. ¿Qué dices?

FELISA. Que nos critican.

ANTONIO. Como si posible fuera.

FELISA. Todos de mala manera
nuestra conducta se esplican,
y tú la parte mayor
llevas en el varapalo.

ANTONIO. (Si sigo un camino, malo;
si sigo el otro, peor.)

FELISA. Dicen que obras de mal modo.

ANTONIO. ¿Y á repetirlo te atreves?

FELISA. No te portas como debes.

ANTONIO. Si, yo te lo debo todo.

FELISA. Tú tomas por donde quema
lo que digo.

ANTONIO. Con razon.

FELISA. Tú me debes mi pasion.

ESCENA V.

LOS MISMOS y MIGUEL, que entra por la misma puerta que
salió.

MIGUEL. ¿Se discute el mismo tema?
El asunto tiene cola
como el Banco.

FELISA. ¿Habrá escuchado
Juan?

MIGUEL. Está muy ocupado
buscando una carambola.

FELISA. Este quiere demostrar

que tiene mucha entereza,
y lo digo con franqueza,
me canso de suplicar.
De aquí en adelante copio
su conducta.

MIGUEL. Mujer, no
te exaltes.

FELISA. Si, tío; yo
tengo también amor propio.
(Se marcha por la puerta de la izquierda.)

ESCENA VI.

MIGUEL y ANTONIO.

MIGUEL. Se marcha, toma mal sesgo
este asunto; ven acá,
es preciso que comprendas
que estas discusiones van,
aun cuando á los dos os pese,
adquiriendo gravedad.

ANTONIO. No venga usted á echar leña
al fuego.

MIGUEL. Es muy natural
que te señale el peligro
cuando por fortuna estás
á tiempo de precaverlo.

ANTONIO. ¿Pero puede usted dudar
que yo quiero á su sobrina?

MIGUEL. Aun cuando la quieras mas
que á las niñas de tus ojos,
te aseguro con pesar
que siguiendo esta conducta,
vais á terminar muy mal.

ANTONIO. Soy el ser mas desgraciado
de toda la humanidad.

MIGUEL. ¿Qué te sucede?

ANTONIO. Esta vida
yo no puedo soportar;
me voy á pegar un tiro.

MIGUEL. El remedio es radical.

ANTONIO. Hace dos meses que en lucha

estoy con mi dignidad,
dos meses que por desgracia
estoy temiendo escuchar
la frase «Es un mantenido,»
pienso que la sociedad
con desprecio al verme esclama:
«Se ha casado por medrar,»
y estas ideas me tienen
la cabeza echa un volcan.
Me avergüenzo de ir en coche
que yo no puedo pagar,
de estar abonado á palco
sin que me cueste un real,
de ver en fin que en el mundo
represento por mi mal,
papel de tamborilero.

Lo confieso con verdad,
antes de mi matrimonio
no me dejé de halagar
el caudal de mi mujer,
mas hoy odio su caudal.

MIGUEL. (Dije que era buen marido,
yo no me suelo engañar.)

ANTONIO. Que fuera mi mujer pobre
y vivieramos en paz.

MIGUEL. Cierto; tu mujer es rica,
es una fatalidad;
pero ¿qué quieres?

ANTONIO. Que ceda
sus bienes á un hospital.

MIGUEL. Que los ceda á un maniconio
y los aprovecharás.

ANTONIO. No me venga usted con chanzas,
que yo le hablo muy formal.
He salido de mi centro;
vivo en una sociedad
en que nadie me conoce
por mi nombre bautismal;
me llama siempre el marido
de Felisa Garcerán,
de modo que no me queda
ya, ni personalidad.

- MIGUEL. Si tienes tales escrúpulos,
chico, nunca engruesarás,
y te llamará la gente
el mártir del ¿qué dirán?
- ANTONIO. Usted me gasta esas burlas,
pero en el fondo me da
la razón.
- MIGUEL. Es excesiva
tu susceptibilidad.

ESCENA VII.

LOS MISMOS y JUAN.

- JUAN. ¿Te ha dicho el tío Miguel
que le gané?
- MIGUEL. Es natural:
como que no hemos tenido
otra cosa de que hablar.
- JUAN. Hice doce carambolas
en cinco minutos.
- ANTONIO. Ya.
- MIGUEL. En ciertas materias eres
una notabilidad.
- JUAN. No lo diga usted en broma.
- MIGUEL. Eres un lince.
- JUAN. Se va.
- MIGUEL. ¿No ves que si sigo aquí
tú me vas á sonrojar?
(Se marcha por la puerta del foro.)

ESCENA VII.

ANTONIO y JUAN.

- JUAN. Tiene este tío Miguel
un carácter tan jovial...
- ANTONIO. Tiene buen carácter.
- JUAN. Vaya;
á fé que no eres tú tan
expansivo.
- ANTONIO. Te equivocas,

acaso yo lo soy mas.
Yo soy un hombre muy franco;
tú no me conoces, Juan.
Te dejo por un instante,
pues me voy á desnudar.

JUAN. Una prueba de franqueza.

ANTONIO. Vuelvo. (Qué calamidad!)
(Sale por la puerta de la derecha.)

ESCENA IX.

JUAN.

Algo les sucede á Antonio
y á Felisa y á mi tío,
indudablemente, hay li-
dentro de este matrimonio.
No se dirigen insultos
ni dejan de hablarse, pero
los pesares y el dinero
no pueden estar ocultos.

ESCENA X.

EL MISMO y FELISA, que entra por la misma puerta que salió
y trae una tarjeta en la mano.

FELISA. ¡Antonio tiene una cita!
(Leyendo.) «Espero que hagamos algo,
¿vendrás?—Trinidad Hidalgo.»
De su conducta hallo escrita
la causa.

JUAN. Prima, ¿qué ocurre?

FELISA. ¡Estabas aquí!

JUAN. Sin duda:
pero tu color se muda.

FELISA. Tú te equivocas. (Me aburre.)

JUAN. Yo te aseguro que siento
ver lo agitada que vienes.

FELISA. Muchas gracias; pero tienes
por tu mal, ojos de aumento.

JUAN. Prima, será como quieras,

pero te digo á fé mia,
que en esta ocasion creia
mis sospechas verdaderas.

FELISA. Te has engañado.

JUAN. El asunto

me pareció esa misiva;
miro al ver tu negativa
que me engañé, y hago punto.

FELISA. Ve si estás equivocado,
es una tarjeta.

JUAN. ¿Si?

FELISA. Una señora... (¡Ay de mí!)

JUAN. Que torpe, no la ha doblado.

¿Y quién es esa señora
á quien manda su etiqueta
venir á dejar tarjeta
en tan avanzada hora?

FELISA. No la tratas.

(Guarda la tarjeta.)

JUAN. Me confundo.

FELISA. No comprendo por qué extrañas...

JUAN. Porque sin duda te engañas:
yo conozco á todo el mundo.

FELISA. Todos á decir verdad
un flaco hemos de tener,
y el tuyo es el conocer
á toda la humanidad.

JUAN. Conozco á todos los seres
femeninos.

FELISA. (Con rodeos
tal vez...)

JUAN. Sé los trapicheos
de muchísimas mujeres.

FELISA. (¡Ay, señor! Yo estoy en ascuas.)

JUAN. Conozco historias de trenes,
y sé de muchos belenes,
aunque han pasado las pascuas.

FELISA. Voy á ver oscurecida
tu fama.

JUAN. No hay ejemplar.

FELISA. Yo te voy á examinar.

JUAN. ¿De crónica entretenida?

de seguro airoso salgo.

FELISA. Hago una sola pregunta.

JUAN. Ves que aqui nadie me apunta.

FELISA. ¿Quién es Trinidad Hidalgo?

JUAN. (Me chafó, mas no conviene ceder.)

FELISA. Busca en tu memoria...

JUAN. Es una mujer de historia.
(¿Y qué mujer no la tiene?)

FELISA. (Esto es atroz.)

JUAN. ¿Es verdad
que puedo llamarme sabio?

FELISA. En esta ocasion, tu labio
ha hecho mi felicidad;
pero mira, no te calles
al ver triunfante tu fama;
de la vida de esa dama
yo quiero saber detalles.

JUAN. Vive en el mundo sin penas,
á los figurines copia,
gasta la vergüenza propia
y las fortunas ajenas .

FELISA. ¿Pero es verdad lo que escucho?

JUAN. Quizás lo que te he contado
se encuentre algo exagerado.
(Me temo que he dicho mucho.)

FELISA. (¡Conque mi nombre desdora!)

JUAN. Lo que te dije me pesa,
pues á mi ver te interesa
la suerte de esa señora.

FELISA. ¡Qué ha de interesarme, Juan!
No tengo nada que ver
con semejante mujer.

JUAN. Preguntabas con afan.

FELISA. Tal vez estuve importuna,
mas mi actitud no te asombre,
había escuchado ese nombre
muchas veces.

JUAN. (Yo ninguna.)

ESCENA XI.

LOS MISMOS y ANTONIO, que entra por donde salió.

ANTONIO. No dirás que me he tardado.

JUAN. Listo anduviste á fé mia.

ANTONIO. Como que yo no sabia
que estabas acompañado.

JUAN. Estaba aqui con tu esposa
en grata conversacion:
fijaba nuestra atencion
la crónica escandalosa.

ANTONIO. Buen pasatiempo.

FELISA. ¿Te espantas
de que el fastidio sacuda
de ese modo? Tú sin duda
lo estingues con obras santas.

ANTONIO. No; yo no me santifico,
mas, como el predicador,
aun cuando soy pecador
contra el pecado predico.

JUAN. Tú piensas, segun yo creo,
que de tí habremos hablado,
y temes no haber librado
como cumple á tu deseo.

FELISA. Cuando tal sospecha nota,
de alguna causa ha nacido.

ANTONIO. De que yo siempre he tenido
mas faltas que una pelota.

JUAN. La modestia que en tí hallo
la tienen muy pocas gentes
en estos tiempos presentes.

FELISA. Es muy modesto. (Yo estallo.)

ANTONIO. Me tratais con tanto mimo,
que no sé qué sospechar.

FELISA. ¿Cómo te hemos de tratar?
(Si se marchara mi primo...)

JUAN. Abandonaros me pesa;
pero es hora de alejarme.
Estaba por convidarme
á comer en vuestra mesa.

- FELISA. Harás bien.
JUAN. ¿Se me concede
la honra de estar con vosotros?
FELISA. Tú nos honras á nosotros.
(Parece que lo hace adrede.)
JUAN. Fundándome en la esperiencia,
no dudo de encontrar goces
en tu mesa.
FELISA. La conoces;
sabes que harás penitencia.
JUAN. Tu modestia no es escasa
tampoco.
FELISA. Has de permitir...
JUAN. Voy á mandar á decir
que no me esperen en casa.
(Sale por la puerta del foro.)

ESCENA XII.

FELISA y ANTONIO.

- FELISA. Tú ignoras que lo sé todo.
ANTONIO. Pues estás mejor que quieres;
pocas, muy pocas mujeres
pueden hablar de ese modo.
FELISA. No busques ningun pretesto,
que no le hallas de seguro
para eludir el apuro
en que tú mismo te has puesto.
ANTONIO. Estás muy acalorada.
FELISA. ¡Y tú estrañas que lo esté!
Digo que todo lo sé.
ANTONIO. Digo que yo no sé nada.
FELISA. He conseguido explicarme
el móvil de tus desdenes.
ANTONIO. Acabaras; ¿conque tienes
ya datos para juzgarme?
FELISA. Me escuchas con sangre fria.
ANTONIO. Este momento esperaba
y casi lo deseaba.
FELISA. ¡Nunca ví tanta osadia!
ANTONIO. Tuve un rato de expansion,

y para consuelo mio,
le dejé ver á tu tio
cuál era mi situacion.

FELISA. ¡Le dijiste!... Yo me pierdo
considerando este asunto.

ANTONIO. Partiendo ya de este punto
podremos marchar de acuerdo.

FELISA. ¿Pero tú en tu ceguedad
piensas que he de permitir?...

ANTONIO. Mujer, debes transigir
con una debilidad.

FELISA. Tu proceder es malvado.

ANTONIO. Mal Felisa lo juzgaste.

FELISA. Di, ¿por qué no lo pensaste
cuando no estabas casado?

ANTONIO. Porque el fatal pensamiento
que ahora á descubrirse empieza,
no cruzó por mi cabeza
antes de mi casamiento.

FELISA. Me asombra ver el descaro
con que su falta refiere.
¿Querrá que yo le tolere
sus locuras?

ANTONIO. Está claro.

FELISA. Basta.

ANTONIO. Digo la verdad;
al comprender mis manias,
pensaba que en mí verias
un hombre de dignidad.

FELISA. ¿El que falta á sus deberes,
merece de digno el nombre?
¿Con que necesita un hombre
de dignidad, dos mujeres?
Digo entonces y me fundo
en tus datos fidedignos,
que los turcos son mas dignos
que todo el resto del mundo.

ANTONIO. Pensamos hoy al revés,
aquí nada se concilia;
todos los de la familia
paramos en Leganés.

FELISA. Él mi desventura labra

y la tacha de locura.

ANTONIO. Mujer, de tu desventura
no comprendo una palabra.

FELISA. ¿Ahora tienes la imprudencia
de decir que no entendiste?

La falta que cometiste,
te la dirá tu conciencia:
que aunque por ella me afano,
callo porque me ofendió.

ANTONIO. Y tú extrañarás que yo
toque el cielo con la mano.

FELISA. Lo que á mí mas me incomoda
es tu extrañeza aparente.

ANTONIO. ¡Á esto le llama la gente
hacer una buena boda!

FELISA. En mal hora este consorcio
se ha debido celebrar.

ESCENA XIII.

LOS MISMOS y MIGUEL.

MIGUEL. Vamos, ¿quereis entablar
la demanda de divorcio?

FELISA. Fuera demanda fundada,
mas por no dar que decir,
me limitaré á vivir
habitacion separada.

ANTONIO. Aunque en el alma me pesa,
marcharme de aqui prefiero,
que de limosna no quiero
recibir casa ni mesa.

MIGUEL. ¿Llegan ya las disensiones
á tal punto en esta casa?
De todo lo que aqui pasa
quiero saber las razones.

ANTONIO. Yo no lo entiendo.

FELISA. Yo si,
lo sé por desgracia mia;
pues para hallar tu falsia
me vasta ver lo que ví.

MIGUEL. ¿Y cuál es la falta grave

de que á tu marido acusas?

ANTONIO. Tú formularla rehusas.

FELISA. ¿No me has dicho que la sabe?

MIGUEL. ¿Sus escrupúlos quizás?
Honran mucho á tu marido.

FELISA. Debo tener el sentido
al revés que los demas.
¿No nos hemos de entender?
esta situacion me agita:
he sorprendido una cita
que le daba una mujer,
olvida del matrimonio
los deberes. ¡Qué! ¿te espantas?

ANTONIO. ¿Pero mujer, me levantas
ese falso testimonio?

FELISA. ¡Cómo! ¿tu descaro llevas
hasta el punto de negar
los hechos?

MIGUEL. No hay que gritar;
tú dices que tienes pruebas.

FELISA. Una tengo irrecusable.

ANTONIO. Enséñala.

FELISA. Pues me reta,
mire usted esta tarjeta.
La prueba es incontestable.

MIGUEL. Me extraña, dime, ¿que es esto?
yo no acierto á comprender...

ANTONIO. ¿Pero quién es la mujer
que me cita sin ser texto?

MIGUEL. Este nombre mi memoria
recuerda.

ANTONIO. ¡Siento un afán!...

FELISA. Yo le he sonsacado á Juan
que es una mujer de historia.

ANTONIO. Ya dudo de mí Felisa. (*Leyendo.*)
«Espero que hagamos algo.
¿Vendrás?—Trinidad Hidalgo.»
Já já já...

FELISA. ¡Le causa risa!

MIGUEL. Pero habla...

FELISA. El asunto es serio
y ve usted cómo lo toma.

ANTONIO. Déjame tomarlo á broma.
¿Era este todo el misterio?

FELISA. ¿Risible te pareció?

ANTONIO. Tú persistes en tu escama.

MIGUEL. Tengo una duda...

ANTONIO. Esta dama
tiene mas barbas que yo.

MIGUEL. Ya caigo.

FELISA. Nada entendí.

MIGUEL. Es hombre muy conocido.

FELISA. ¿Ustedes se han convenido
para burlarse de mí?

ANTONIO. Aunque en hombre, á la verdad
es poco comun el nombre,
esa tarjeta es de un hombre
que se llama Trinidad.

MIGUEL. Es buena equivocacion.

FELISA. ¿De veras?

ANTONIO. Tiene influencia,
y quiere con insistencia
lograr mi reposicion.
Al ministro una visita
habrá hecho sin tardanza,
y me manda una esperanza,
y me recuerda una cita.

FELISA. Quiero una prueba patente:
me presentas á tu amigo.

ANTONIO. Como que es hombre le digo,
quiere que se lo presente.

FELISA. Tomar la revancha es eso.

MIGUEL. Tú le juzgabas infiel.

FELISA. Calle usted, tío Miguel,
que se me ha quitado un peso...
Comprende que mi ansiedad
era disculpable, Antonio,
porque en ningun matrimonio,
es buena la trinidad.

ANTONIO. Ya logro que te sonrias.

FELISA. Me parece que hay motivo.

ANTONIO. Pero mujer, no concibo
como de mí desconfias.

FELISA. Mi proceder es fundado.

ANTONIO. Lo que tú quieras decir.

FELISA. Tú te debes aburrir
siempre que vas á mi lado;
pues no me puedo explicar
de tu actitud la razon.

ANTONIO. Es buena la esplicacion.

MIGUEL. ¿Os volveréis á enzarzar?

ANTONIO. ¿Usted estraña que obre
conforme al secreto mio?

FELISA. ¿Cuál es el secreto, tio?

MIGUEL. Que le avergüenza ser pobre.

ANTONIO. Verme confundido siento
con el ser mezquino y bajo,
que se impone por trabajo
realizar un casamiento.
Y hace negocio el amor,
y por él es preferido
el título de marido
al título de doctor.

Y al notar que le dedica
una mujer su mirada,
no pregunta si es honrada,
sino que pregunta ¿Es rica?
Temo que mi nombre al ver
la sociedad lo confunda
con el del hombre que funda
su carrera en su mujer.

FELISA. Yo te juzgué con malicia.

MIGUEL. Tu proceder se ha esplicado.

FELISA. Me pesa haberte juzgado
con tan marcada injusticia.

ANTONIO. Ya nos hemos entendido.

FELISA. Que me perdones espero.

ANTONIO. Calla mujer, yo te quiero
como siempre te he querido.

FELISA. ¿No tendremos ya cuestion?

ANTONIO. Tu la causa comprendiste
y ves que la causa existe.
Yo quiero una ocupacion.

MIGUEL. Un medio sin duda tienes
que presumo ha de agradarte.

ANTONIO. ¿Cuál es?

MIGUEL. Puedes ocuparte
en administrar los bienes.

FELISA. Acéptalo, Antonio, si,
y olvida el afan eterno
de depender del gobierno.

ANTONIO. Me obligo á servirte á tí.

ESCENA XIV.

LOS MISMOS, y JUAN.

FELISA. Oye, Juan, ven á contarnos,
con mucha formalidad,
la historia de Trinidad.

ANTONIO. ¿Tratabas de divorciarnos?

JUAN. ¿Presumes que caber puede
en mí tan mal pensamiento?

FELISA. No fué tan malo su intento.

MIGUEL. Cuéntale lo que sucede.

FELISA. En la mesa.

JUAN. Me acomoda.

FELISA. Ahora, ya gracias á Dios,
podemos decir los dos
que hemos hecho buena boda.

FIN DE LA COMEDIA.

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 13 de Marzo de 1865.

El censor de teatros,

NARCISO S. SERRA,

El rapacín de Candas, M.	Cuando Dios quiera, M.	El paraíso en Madrid, L.
El hombre feliz (monólogo), M.	Doña Casimira, M.	El secreto de una dama, L.
El sonámbulo, M.	EN DOS ACTOS.	El agente de matrimonios, M.
Gracias á Dios que está puesta la mesa, L.	Bruschino, L.	El caudillo de Baza, L. y M.
Guerra á muerte, M.	De incógnito, L. y M.	El dominó azul, M.
Impresiones de viaje, L.	El Postillon de la Rioja, L.	El planeta Vénus, M.
Julio César (monólogo), L.	El resucitado, L. y M.	El toque de ánimas, L. y M.
La cotorra, L.	Entre mi mujer y el negro, L.	Galanteos en Venecia, L.
La pupila, L.	La cola del diablo, L.	Giralda ó el marido misterioso, L. y M.
La cruz de los Humeros, M.	Llamada y tropa, M.	La embajadora, L. y M.
La zarzuela (mitad), L.	Marina, M.	La Cacería real, M.
La dama del Rey, M.	Muerta en el bosque, L. y M.	La Estrella de Madrid, M.
La vuelta del Corsario (2. ^a Pte. de <i>El Grumete</i>), M.	¡ Quien manda, manda! M.	La tabernera de Lóndres, M.
Lo que de Dios está, L. y M.	A cadena perpétua, L. y M.	Los filibusteros, L.
Las bodas de Juanita, L.	EN TRES Ó MÁS ACTOS.	Los piratas, L.
Los dos ciegos, L.	Amor y misterio, L.	Los Madgyares, L.
Los guardias del rey de Siam, M.	Amor y arte, L. y M.	Los circasianos, L. y M.
Pablito, L.	Amar sin conocer, L.	Margarita, L.
Por cana más ó ménos, L. y M.	Azon Vizconti, M.	Mis dos mujeres, L.
Por un paraguas, L. y M.	Cadenas de oro, M.	Rival y duende, L. M.
Un ayo para el niño, M.	Catalina, L.	Un día de reinado (mitad), L.
1864 y 1865, M.	Campanone, L. y M.	Un estudiante de Salamanca, L. y M.
La sombra de Nino, L. y M.	Dos coronas, M.	Un viaje al rededor de mi suegro, L.
	El arca de Noé, M.	Un trono y un desengaño (3. ^a parte), M.
	El valle de Andorre, L.	La ínsula barataria, M.
	El hijo de familia ó el lancero voluntario, L. y M.	
	El sargento Federico, L.	
	El juramento, L.	

Cuando se ejecute alguna obra, cuya propiedad ignoren los señores comisionados, exigirán el libro impreso para si pertenece á esta Galeria reclamar y cobrar los derechos.

OBRAS.

Comentarios del emperador Carlos V. <i>Rvn.</i> 46.	Ecos del alma (Id.), 8.	ganza (Id.), 8.
Historia de la música española, 4 tomos, 100.	Veladas poéticas (Id.), 6.	Una virg. y un dement. (Id.) 8.
Ecos nacionales (poesías) 42.	El beso de Júdas (novela), 6.	Reló aritmetico, 40.
	La niña expósita (Id.), 8.	
	Historia de una ven-	

VENTA EN MADRID.

LIBRERIA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. JOSÉ CUESTA,
CARRETAS , 9.

SRES. MOYA Y PLAZA, CARRETAS, 8.

DON ALFONSO DURAN , CARRERA DE SAN GERÓNIMO, 8.

EN PROVINCIAS.

EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS.